

KARL POLANYI Y SUS CONTEMPORÁNEOS

Sobre la subordinación de los mercados a los valores de la civilización y de la libertad

Fernando Álvarez-Uria



FOTOGRAFÍA: Workers Educational Association (W.E.A.), Balliol, 1938. (Karl Polanyi. Primera fila, extremo derecho)
Fuente: Karl Polanyi Institute of Political Economy. Concordia University.

Fernando Álvarez-Uria se doctoró en Sociología (1981) en la Universidad de París VII y en Filosofía (1984) en la Universidad Complutense de Madrid (UCM). Especializado en Sociología del Conocimiento, y Sociología de la Desviación y del Control Social, es catedrático en el Departamento de Sociología IV (Métodos de Investigación y Teoría de la Comunicación) de la UCM. Autor de numerosos libros y artículos, se destaca *Miserables y locos. Medicina mental y orden social en la España del siglo XIX* (1983), así como sus obras co-escritas con Julia Varela como *Sujetos frágiles* (1989), *Arqueología de la escuela* (1991), *Genealogía y sociología. Materiales para repensar la Modernidad* (1997), *La galaxia sociológica* (2000) o *Sociología, capitalismo y democracia* (2004). También es destacada su labor como editor y traductor, en proyectos como la revista Archipiélago, de la que fue fundador y miembro del consejo de redacción, o en La Piqueta Ediciones, en la que -también junto a Julia Varela- dirigió la colección «Genealogía del Poder». En ella tradujeron y editaron obras como *Microfísica del poder* (1978) de Michel Foucault o la primera edición de *La Gran Transformación* (1989) de Karl Polanyi en España.

Introducción

¿Tras el *crash* del 2008 puede la globalización neoliberal servir de eje de vertebración de un nuevo orden internacional? El principal objetivo de este artículo es proporcionar materiales para abordar esta cuestión a partir de un debate que viene de lejos, y que no ha perdido actualidad¹. A través de la obra de Karl Polanyi vamos a seguir la trama de viejas disputas sobre la sociedad de mercado, disputas que nos ayudarán a objetivar los vectores implicados en esta discusión, y a vislumbrar posibles alternativas para los tiempos presentes.

Entre el capitalismo neoliberal y el colectivismo comunista Karl Polanyi propuso una alternativa democrática que no está muy alejada de la solución keynesiana. El Estado social, y más concretamente el Estado social keynesiano, tal y como surgió tras la Segunda Guerra Mundial, y tal y como se implantó en la mayor parte de los Estados europeos, pretendió domesticar al mercado autorregulado y neutralizar así los desastres generados por el desarrollo de un capitalismo desenfrenado y pretendió enfrentarse a un capitalismo salvaje mediante medidas sociales, económicas y políticas, que debían servir de base a un capitalismo orientado, por servirnos de una expresión de Max Weber, en el que la planificación democrática, y las políticas sociales, sustituyesen a la pura lógica del capital guiada por el sentido de las posibilidades automáticas del mercado.

El Estado social keynesiano constituía una alternativa al comunismo, a la dictadura del proletariado, al afirmar la necesidad de la democracia representativa, y al cuestionar el modelo de la guerra social como vía de explicación de los conflictos sociales. El Estado social, articulado en torno al reformismo social, mantuvo la presencia del mercado en la sociedad, no abolió el mercado, ni socializó por completo los medios de producción, ni tampoco expropió totalmente la riqueza arrancándola de las manos de la propiedad privada, pero introdujo un sistema de redistribución a través de la presión fiscal, por lo que fue a la vez una alternativa a la exclusiva búsqueda del beneficio privado, y sirvió de dique de contención al fuerte empuje del colectivismo comunista en el seno del movimiento obrero. Sin embargo, la denominada cuestión social no ha quedado definitivamente resuelta por el llamado modelo social europeo. Aún más, en estos últimos treinta y cinco años, desde finales de los años setenta del siglo XX, la cuestión social, la posibilidad de que la cohesión social se rompa, ha vuelto a resurgir con fuerza, pues han crecido las desigualdades sociales, tanto las grandes diferencias sociales entre las naciones, como en el interior de cada nación, de modo que, en la actualidad, la globalización económica, bajo la égida del neoliberalismo, aspira a dictar la agenda de los gobiernos y de los organismos internacionales, a la vez que se incrementa la brecha entre países ricos y países pobres, entre los ciudadanos ricos y los trabajadores sin trabajo, o los que malviven en la precariedad.

Las preguntas sobre cuál fue, cuál podría ser, cuál debería ser, el estatuto del mercado en la sociedad se la debemos a Karl Polanyi, pero esta pregunta a su vez hunde sus raíces en los debates sobre la planificación democrática, así como en la solución keynesiana a la cuestión del desempleo.

1. Este artículo puede ser leído como complemento al debate que tuvo lugar en los años treinta y cuarenta del siglo XX entre los defensores de la planificación democrática y los fundamentalistas de la sociedad de mercado (Álvarez-Uría, 2005).

Karl Polanyi nació en Viena en 1886 en el interior de una familia judía de la burguesía acomodada. Se educó en Budapest, en donde estudió derecho y filosofía, y fundó en 1909 el *Círculo Galileo*, un club de debate intelectual que fue un antecedente del *Club de los domingos* animado también en Budapest por Georg Lukács. En 1920 Karl Polanyi se trasladó a Viena en donde permaneció hasta la llegada de Hitler al poder en 1933, momento en el que se exilió a Londres. En febrero de 1923 se había casado con la comprometida militante política de izquierdas Ilona Duczyska, activa pacifista comunista, que animó en Viena un espacio de encuentro y de debate en el que participaron intelectuales como Georg Lukács, Hans Zeissel y Paul Lazarsfeld. Karl Polanyi, al igual que Karl Mannheim, Adolph Löwe, Norbert Elias o Arnold Hauser, se refugió en Londres, en donde mantuvo contacto con los católicos sociales, y en donde permaneció hasta 1946, año en el que a su vez emigró a los Estados Unidos. Entre 1947 y 1953 fue profesor de historia económica comparada en la Universidad de Columbia, en Nueva York. Con anterioridad, en 1944, tras ser invitado por el Bennington College de Vermont, publicó en Estados Unidos su principal libro, *La gran transformación* (Polanyi, [1944] 1989). En esta obra, que constituye una de las más destacadas contribuciones a las ciencias sociales que ha dado el siglo XX, Karl Polanyi desarrolló un sólido y original análisis sobre la sociedad de mercado, una utopía económica, puesta en marcha en un principio a finales del siglo XVIII por los representantes de la economía política escocesa, que se impuso en los países occidentales a lo largo del siglo XIX, y se autonomizó de la sociedad para convertirse en mercado autorregulado y, a la vez, para invadir desde el centro toda la vida social. La utopía de la sociedad de mercado, a juicio de Polanyi, descoyuntó las viejas instituciones sociales heredadas, y sirvió de base durante la primera mitad del siglo XX a los Estados totalitarios promovidos por el fascismo y el nacional-socialismo, de modo que para entender el nacional-socialismo alemán, es preciso remontarse a la Inglaterra de Ricardo.

Son ya muchos los estudios realizados sobre la obra de Karl Polanyi y su trayectoria biográfica, así como sobre el rigor de la tesis central defendida en *La gran transformación*, una tesis que fue posible porque se planteó el estudio de las condiciones socio-históricas que favorecieron el espacio privilegiado, hegemónico, que pasó a ocupar el mercado en nuestras sociedades capitalistas, pero, con frecuencia olvidamos que su tesis, eminentemente sociológica, surgió a su vez en un determinado marco social e intelectual, en un incesante diálogo y en duros enfrentamientos con numerosos analistas sociales de su tiempo². Es preciso cuestionar la tendencia de convertir a Karl Polanyi en una especie de sujeto transcendental, es decir, problematizar las lecturas a-históricas y descontextualizadas de su obra, o centradas exclusivamente en su itinerario biográfico, pues su trabajo intelectual hunde sus raíces en un fondo social de conocimiento al que es preciso aproximarse. Esta aproximación no sólo nos permitirá comprender las condiciones sociales e intelectuales que hicieron posible la génesis de la obra del pensador húngaro, sino también, a la vez, dar cuenta de su específica singularidad. El retorno a los análisis de Karl Polanyi, y a los círculos intelectuales de su tiempo, debería sin duda proporcionar luz sobre la encrucijada en la que se formó su obra, pero aspiramos a que esa luz prologue también sus destellos sobre nuestro controvertido presente.

2. Entre los libros que ayudan a contextualizar su obra es obligado mencionar los editados por Polanyi-Levitt (1990) y McRobbie y Polanyi-Levitt (2006).

A la hora de intentar comprender cómo Karl Polanyi pudo objetivar como problema central de nuestras sociedades capitalistas la formación de una sociedad de mercado autorregulado, es preciso al menos tener en cuenta cuatro vectores, que se sucedieron en el tiempo y se encadenaron en el espacio social durante la primera mitad de siglo XX:

1. El debate sobre la Revolución rusa y las posibilidades del desarrollo de una economía sin mercado en el interior del sistema social comunista.
2. La gran crisis del 29, el *New Deal*, y las propuestas de John Maynard Keynes en la *Teoría general*.
3. La contraofensiva anti-keynesiana de la Escuela austríaca de economía y las bases de las propuestas neoliberales.
4. El avance de los totalitarismos, la Segunda Guerra Mundial, la crisis y reconstrucción de la civilización occidental.

Karl Polanyi, al igual que Stephan Zweig, Norbert Elias, Karl Mannheim, Georg Lukács, y otros, formaba parte de una generación de intelectuales pacifistas e idealistas, provenientes de una alta burguesía de origen judío, una constelación formada por intelectuales y asentada en Europa central, que se vio obligada a participar contra su voluntad en el horror de la Primera Guerra Mundial, asistió al derrumbe del viejo imperio Austro-húngaro, y al inicio de los movimientos revolucionarios y los totalitarismos. Estos intelectuales, golpeados por fuerzas y movimientos sociales que los superaban, vincularon la comprensión de la vida social a sus anhelos de libertad y, en condiciones muy adversas, realizaron un enorme esfuerzo especulativo para tratar de buscar orientación para sí mismos y para la sociedad en tiempos de incertidumbre. En este sentido, una vez más, su voluntad de verdad resulta para nosotros ejemplar.

Sociología e historia

La gran transformación es un libro de economía comparada, pero es también un gran libro de sociología histórica en el que se pone a prueba un modelo de análisis desarrollado a partir de la interpretación del pasado realizada por los sociólogos clásicos, –entre entre ellos por Karl Marx, Max Weber y Émile Durkheim–, un modelo que fue desarrollado también por sociólogos y pensadores del siglo XX, algunos próximos cultural e intelectualmente a Karl Polanyi, como sus compatriotas y amigos Georg Lukács y Karl Mannheim, pero también por otros analistas sociales, como Norbert Elias, Michel Foucault y Robert Castel, entre otros.

El recurso a la sociología histórica es pertinente porque nos ayuda a mantener una distancia con nuestras preocupaciones inmediatas, pero también, y sobre todo, porque favorece el proceso de objetivación de los problemas inmediatos que tratamos de abordar, permite que nos remontemos en el tiempo para conocer mejor las condiciones de posibilidad que han hecho posible las incógnitas que tratamos de resolver en el mundo contemporáneo. Al analizar los vectores sociales que explican la génesis de procesos que conforman un presente problemático podemos detectar, desde una posición que nos proporciona un campo de visión más amplio, las inercias e ideas recibidas que con frecuencia son obstáculos epistemológicos que nos impiden ver la luz, y avanzar a la hora de buscar soluciones. Cuanto mayor son las urgencias planteadas por una inmediata

actualidad, más necesario resulta proceder con cautela. Como señalaba Norbert Elias es preciso combinar en el análisis sociológico el compromiso con el distanciamiento, la implicación personal con la búsqueda de la verdad. Conviene, por tanto, evitar los atajos apresurados, así como el recurso a las respuestas estereotipadas. Para prevenir errores conviene alejarse de las pasiones y de los intereses, cuestionar los propios valores heredados, las certezas acríticas, sacudir las seguridades, conviene, en fin, remitirse a la historia.

La sociología histórica, la genealogía, dista en la actualidad de gozar en el campo intelectual propio de la sociología académica, del predicamento de la encuesta, o incluso de la observación participante. Sin embargo, el recurso a la historia fue para los sociólogos clásicos la vía por excelencia para acceder al conocimiento de la verdad del mundo social. Para comprobarlo basta, por ejemplo, con aproximarse al libro de Émile Durkheim publicado en 1895 y titulado *las Reglas del método sociológico*, una obra enormemente influyente en los medios académicos de la sociología de fin de siglo. En esta obra universitaria el sociólogo francés abogaba por el método genético o histórico-comparativo, un método que había sido ensayado ya con éxito en sus investigaciones históricas por Marx y Engels, los dos grandes representantes del materialismo histórico, pero también por Max Weber, y por los jóvenes sociólogos alemanes. Afirmaba Émile Durkheim ([1895] 1998) que "los sucesos actuales de la vida social derivan no tanto del estado actual de la sociedad, cuanto de sucesos anteriores, de precedentes históricos; y las explicaciones sociológicas consistirían exclusivamente en religar el presente al pasado". Años más tarde, en un texto titulado *Sociología y ciencias sociales*, una vez más Durkheim afirmaba la importancia del recurso a la historia en el análisis sociológico de las instituciones:

La institución es un todo complejo formado de partes. Hay que conocer estas partes, explicar cada una de ellas por separado, así como el modo mediante el cual llegaron a formar un conjunto. Para descubrir todo esto no basta con considerar la institución en su forma acabada y actual, ya que en la medida en que estamos habituados a ella nos parecerá más bien simple. En todo caso nada indica en la institución dónde comienzan y dónde terminan los diferentes elementos de los que está formada. [...] Es preciso un instrumento de análisis para hacerlos visibles, y es la historia quien juega este papel. [...] Además solo la historia permite explicar. En efecto, explicar una institución es dar cuenta de los elementos diversos que sirven para conformarla, mostrar sus causas y sus razones de ser [...]. El único medio para llegar a saber cómo surgió cada uno de sus elementos es observándolos en el instante mismo en el que nacieron, asistiendo a su génesis; ahora bien, esta génesis tuvo lugar en el pasado y, por consiguiente, únicamente puede ser conocida por mediación de la historia. [...] La sociología es por tanto en gran medida un tipo de historia entendida de una determinada manera (Durkheim, ([1895] 1998)³.

A diferencia de la historia desestructurada de algunos historiadores, a diferencia de la historia positivista, atada a los detalles, la genealogía del presente trata de no perder de vista las estructuras, los vectores de la dinámica social, las líneas de fuerza

3. Siguiendo a los clásicos de la sociología Theodor W. Adorno, que como es bien sabido mantuvo con Karl Popper en 1961 una agria polémica conocida como *La disputa del positivismo en la sociología alemana*, defendía en el último curso que impartió en la Universidad de Frankfurt que "la consideración histórica no es algo al margen de la sociología, sino algo central en ella". Otro gran sociólogo del siglo XX, Norbert Elias, en un escrito titulado *La sociedad de los individuos*, señalaba que "con toda certeza, la mirada del ser humano, en general, sólo estará libre para ver el automatismo del cambio histórico cuando el hombre no sólo tenga ante los ojos el presente inmediato, sino también la larga historia pasada de la que ha surgido su propio tiempo".

que constituyen un campo y crean sus condiciones de formación y desarrollo. A la hora de abordar las líneas de explicación de cualquier fenómeno social es preciso por tanto remontarse a su génesis, poner de manifiesto cuáles fueron sus condiciones de posibilidad, y cuáles son sus funciones sociales. Determinar las fuerzas sociales que intervienen en el proceso de constitución de un campo social, por ejemplo en el caso de Karl Polanyi, el mercado autorregulado, nos permite comprender sus usos y funciones, así como decidir, con mayor conocimiento de causa, sobre si es legítimo o no que ese campo se perpetúe en el futuro a partir de su propia lógica constituyente. En este sentido la sociología puede servir de guía y de orientación para una acción social más consciente y reflexiva.

La Revolución rusa, y el problema del cálculo económico

Para los trabajadores del mundo la Revolución rusa, la revolución de octubre de 1917, supuso abrir la puerta a la esperanza de un mundo mejor, un mundo más humano. Presentían que la instauración del socialismo a escala mundial estaba próxima. Al fin la explotación y la miseria, consustanciales a las relaciones de producción capitalistas, se convertirían en una reliquia del pasado, al fin el poder popular iba a dar paso a sociedades articuladas en torno a la propiedad colectiva, los derechos humanos, y la justicia. Hoy sabemos que esas expectativas no se cumplieron. En Rusia la dictadura del proletariado dejó expedito el paso a la dictadura de *Koba el terrible* que instauró el terror en la llamada «patria del socialismo». Los disidentes, como en los tiempos de los zares, conocieron las ejecuciones sumarias, los juicios amañados, las deportaciones a los campos de concentración siberianos. Desde la Rusia soviética se puso freno en 1956 a la revolución pacífica y democrática húngara, y también desde allí se puso término, sin contemplaciones, a la «primavera de Praga». Cuando en la noche del 9 de noviembre de 1989 se produjo la caída del muro de Berlín el llamado «socialismo real» hacía tiempo que había dejado de ser entre las jóvenes generaciones el principal referente para la acción política progresista.

Max Weber, en una carta a su fogoso discípulo húngaro Georg Lukács, que participaba de la alegría general generada por la Revolución de 1917, aseguraba que el socialismo en Rusia, un país semi-feudal con una larga tradición autocrática, en el que la gran mayoría de la población se vio secularmente sometida a la férula de los papas y de los zares, retrasaría la causa de la implantación del socialismo "durante más de cien años". Así pues Max Weber consideraba que las probabilidades de instaurar el socialismo en Rusia, en razón de las condiciones sociales heredadas, eran prácticamente nulas⁴. El tiempo terminó dándole la razón.

En *Economía y sociedad*, la obra publicada tras la muerte del propio Max Weber, a las críticas políticas formuladas en la carta a Georg Lukács sobre el futuro del socialismo ruso, Weber añadía la necesidad del dinero para una racionalizada planificación económica, pero muy pronto algunos economistas austríacos avanzaron un argumento, también de naturaleza específicamente económica, que iba mucho más allá de la dificultad señalada

4. Véase la carta de Max Weber en Georg Lukács (1986: 268-269). En una nota del editor de esa correspondencia se subraya la relación entre el *Círculo del domingo* y las reuniones de los Weber. Entre los miembros del grupo de Lukács se cita también a Michael Polanyi, Emma Ritoók, Geza Roheim, René Spitz y Anna Lesznai, entre otros.

por Weber, pasaban a afirmar la imposibilidad misma del socialismo, y ello no sólo en Rusia, sino en cualquier tipo de sociedad. Con anterioridad a que se desencadenase el proceso revolucionario ruso, un economista austríaco -Ludwig von Mises- trabajaba en la Cámara de Comercio de Viena, y había escrito un libro de éxito, la *Teoría del dinero y del crédito* (1912). Posteriormente Mises publicó un artículo en el *Archive für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, la revista fundada por Max Weber. El artículo apareció precisamente en el mismo año de la muerte de Weber, es decir, en 1920, y en él se defendía la imposibilidad de una economía socialista, pues, al fijar el Estado arbitrariamente los precios desde el poder central, hacía inviable el cálculo económico. Las necesidades de la población se expresan a través de la demanda efectiva, pero el único medio de acceder a esa demanda efectiva es el mercado: sin mercado, sin libertad para comprar y vender, sin libre competencia, no hay precios, y sin precios que reflejen las prioridades e intereses de los consumidores no hay posibilidad de desarrollar una racionalidad económica que responda al interés general. Mises impugnaba por tanto el socialismo en nombre de la revolución marginalista, es decir, en nombre de una nueva teoría económica en la que el empresario ocupaba una posición central, y en la que la libre elección del consumidor eclipsaba el trabajo de los trabajadores como fuente de la riqueza.

El argumento de Ludwig von Mises fue percibido por algunos economistas como tautológico, es decir, basado en una petición de principio, pues los presupuestos teóricos a partir de los cuales argumentaba incluían en sí mismos la conclusión. Uno de los primeros críticos de von Mises fue Karl Polanyi. Polanyi publicó, también en el *Archiv*, dos artículos, respectivamente en 1922 y 1924, y en ellos señalaba la posibilidad de una tercera vía entre el liberalismo puro de los austríacos y el colectivismo soviético, es decir, cabía la posibilidad de una sociedad en la que coexistiesen a la vez el mercado y la planificación central coordinada desde el Estado⁵. En realidad la intervención de Karl Polanyi estaba avalada por los austro-marxistas moderados que defendían en Viena la opción de un proceso democrático de transición al socialismo.

En este sentido la intervención de Karl Polanyi fue importante pues quizás él fue el primero en plantear de un modo reflexivo la cuestión del lugar de la economía en la sociedad, una cuestión que tanto el economicismo liberal como el estalinismo impedían abordar. Como años más tarde escribió el propio Polanyi:

“Una sociedad netamente de mercado como la nuestra, tiene que encontrar difícil, si no imposible, apreciar equitativamente las limitaciones de la importancia de lo económico. Debido a que las actividades diarias del hombre han sido organizadas a través de mercados de varios tipos, basados en motivos puramente de beneficio, determinados por actitudes competitivas, y gobernados por una escala de valores utilitaria, la sociedad humana se ha convertido en un organismo que está, en sus aspectos esenciales, subordinado a los propósitos de lucro. Habiendo convertido el hombre la ganancia económica en su fin absoluto, pierde la capacidad de relativizarla mentalmente. Su imaginación queda encerrada en los límites de la incapacidad. La misma palabra economía evoca en él no el cuadro de los medios del sustento del hombre, y la tecnología que ayuda a asegurarlos, sino una serie de fines concretos, de actitudes peculiares y de propósitos totalmente

5. Los artículos han sido recogidos en Polanyi (2008) y se titulan respectivamente “La contabilidad socialista” y “La teoría funcional de la sociedad y la contabilidad socialista”.

específicos a los que él está acostumbrado a denominar económicos, aunque no sean más que meros accesorios de la economía real, que deben su existencia a una efímera interacción de características culturales. No son los rasgos duraderos y permanentes de todas las economías los que le parecen esenciales, sino los puramente contingentes y transitorios. [...] Esta obsoleta mentalidad de mercado es, a mi parecer, el principal obstáculo para hacer un enfoque realista de los problemas económicos de las futuras décadas" (Polanyi, [1977] 1994: 62-63)⁶.

La discusión entablada entre Mises, Karl Polanyi y Eduard Heimann, entre otros, aún no estaba planteada en estos términos, pues afectaba únicamente al estatuto de la economía en la Unión Soviética, y en una futura sociedad socialista, pero cobró sin embargo una nueva importancia tras la Gran Depresión, pues la crisis de 1929 fue percibida por una buena parte de los dirigentes de los movimientos socialistas quizás como la última gran crisis del capitalismo.

El *crash* de la bolsa de Nueva York el martes 29 de octubre de 1929 anunciaba una recesión en los países industriales de una envergadura hasta entonces desconocida, y también la búsqueda por parte de los trabajadores de un gobierno fuerte que crease empleo público. En 1933 el paro afectaba ya en estos países a 30 millones de trabajadores. De nuevo la cuestión social irrumpía con fuerza en la escena social. Fue en este momento, cuando el fascismo en Italia y el nacional-socialismo en Alemania alcanzaron su punto álgido, cuando de nuevo la cuestión de la posición del mercado en la sociedad resurgió con fuerza en íntima relación con la cuestión del modelo de sociedad.

La revolución keynesiana, o la subordinación del mercado a los intereses de la sociedad

Tras la Gran Depresión de 1929, que obligó al cierre en cadena de bancos y de empresas, y que generó un desempleo masivo en Europa y en los Estados Unidos, se consolidaron cuatro alternativas políticas: el socialismo soviético, el fascismo, el reformismo socialdemócrata y el liberalismo. La alternativa socialdemócrata estuvo representada en un primer momento por el Gobierno Roosevelt en los Estados Unidos. En 1933 casi trece millones de norteamericanos, es decir, el 25% de la población activa, buscaban trabajo. En su primera campaña presidencial de 1932 Roosevelt había defendido, en apasionadas emisiones de radio, la necesidad de un «nuevo contrato con los olvidados» para hacer frente a la Gran Depresión. Una lluvia de medidas legislativas se vio acompañada de políticas efectivas de protección social, así como de obras de interés público.

Cuando el sábado 4 de marzo de 1933 Franklin Delano Roosevelt tomó posesión de su cargo de Presidente de Estados Unidos, en su gabinete figuraba como Ministro

6. Véase también Polanyi (2013). Un planteamiento semejante, pero muy anterior en el tiempo, fue formulado por György Lukács en el "Discurso ante el congreso de jóvenes trabajadores", el 21 de julio de 1919: "La esencia de la sociedad capitalista consiste en que las fuerzas económicas dominan ilimitadamente la sociedad, con plena arbitrariedad, como si fuesen fuerzas naturales ciegas; en que todo lo demás: ciencia, belleza, moral, es solo una consecuencia y un producto de estas fuerzas abandonadas a sí mismas, liberadas, ciegas, desprovistas de finalidad" (Lukács, [1919-1929] 2005: 57). La principal diferencia entre Lukács y Karl Polanyi estribaba en que el primero confiaba en que la victoria del proletariado sería el resorte para que la sociedad tomase en sus propias manos la conducción de los asuntos económicos, mientras que Karl Polanyi, próximo a Keynes, ponía sus esperanzas en el triunfo del socialismo democrático.

de Trabajo una mujer, Frances Perkins. La primera mujer que en los Estados Unidos asumía tan altas responsabilidades de gobierno se había graduado en sociología por la Universidad de Columbia, y previamente había trabajado en *Hull House*, en Chicago, con Jane Addams, y sobre todo con Florence Kelly. Provenía por tanto de la tradición reformista del trabajo social y de la planificación urbana. Fue esta infatigable luchadora y defensora de los derechos civiles quien en agosto de 1935 sacó adelante la *Ley sobre la Seguridad Social*, la *Social Security Act*. Tras la *Ley Bancaria de Urgencia*, la planificación nacional de la agricultura, y otras medidas políticas de choque, de carácter intervencionista, se coronaba la nueva política democrática de planificación asegurando la protección por parte del Estado a desempleados, ancianos y minusválidos, a la vez que se proporcionaba un impulso insólito a la salud infantil. Unos meses antes, en una emisión de radio que tuvo lugar el 25 de febrero, había explicado a la población norteamericana el proyecto: "Debemos diseñar planes que no sirvan meramente para aliviar los males de hoy, sino también para prevenir, en la medida en que ello sea humanamente posible, su recurrencia en el futuro. La tarea de la recuperación es inseparable de la tarea fundamental de la reconstrucción social".

Cuando en 1936 Roosevelt se presentó a la reelección aún existían en los Estados Unidos nueve millones de parados, sin embargo el voto masivo de los pobres, y de las personas de color hicieron posible un «Segundo *New Deal*» durante el cual se aprobó el Acta Nacional de Relaciones Laborales, la conocida Ley Wagner, que impulsaba toda una serie de mejoras para las clases trabajadoras. Los sucesivos mandatos de Roosevelt – fue el único presidente en la historia de los Estados Unidos que obtuvo cuatro mandatos consecutivos– supusieron un gran empuje para las políticas de planificación social.

Cuando Franklin Delano Roosevelt pronunció su discurso de investidura como Presidente de los Estados Unidos, contaba ya, como Gobernador del Estado de Nueva York, con una experiencia de lucha contra la crisis social provocada por la Gran Depresión. "La nación pide acción y la pide ahora. Debemos actuar y hacerlo con rapidez", dijo en el mencionado discurso. Roosevelt proponía en ese discurso hacer frente a los especuladores "faltos de escrúpulos", combatir "las reglas de una generación de egoístas", y poner en marcha medidas alternativas orquestadas a partir de "una planificación nacional" que englobase a la vez la acción del gobierno federal, la de los gobiernos de los Estados, y la de los ayuntamientos. La primera medida destinada a restablecer la confianza fue la *Ley Bancaria de Urgencia* que se aprobó el 9 de marzo. Roosevelt creía que el único modo de vencer a la recesión pasaba por una completa reorganización de las instituciones económicas norteamericanas. Unos meses más tarde, en julio de 1933, Keynes publicaba en la prestigiosa *The Yale Review* un artículo titulado "Autosuficiencia nacional" en el que escribía en la misma dirección del *New Deal* norteamericano: "Hasta donde sea posible, todos necesitamos quedar libres de las interferencias de los cambios económicos que ocurran en otras partes, a fin de llevar a cabo nuestros experimentos preferidos que nos lleven hacia la república social ideal del futuro" (Keynes, 1933a). Keynes, como Roosevelt, apostaba por compaginar planificación y libertad.

Keynes fue un economista atípico. Desde muy pronto formó parte del grupo de Bloomsbury que abogaba por la paz y la conquista de una vida bella en un mundo justo. Una conferencia de Keynes en Oxford, en 1924, sirvió de base a la publicación de un ensayo titulado *El final del laissez-faire*. En este texto el economista de Cambridge abogaba ya en favor de que *una institución central* se hiciese cargo del "control

deliberado de la moneda y del crédito". A su juicio se estaba produciendo entonces en las sociedades industriales el paso de un capitalismo de pequeñas empresas familiares a un capitalismo socializado, caracterizado por las grandes empresas de servicios públicos, junto con el surgimiento de grandes corporaciones privadas. Tras la Gran Depresión de 1929, la *Teoría General de la Ocupación, el Interés, y el Dinero*, un libro publicado en Inglaterra a comienzos de 1936, reforzaba el papel del Estado y de la fiscalidad en este nuevo escenario de crisis y de desempleo con el fin de avanzar hacia un capitalismo controlado. La *Teoría general* abría la vía a una *economía social* que era a la vez una alternativa al liberalismo económico, pero también al fascismo, y al sistema soviético. En ese sentido la *Teoría general* sirvió desde muy pronto de base a los reformistas sociales, a los defensores del socialismo democrático. Como subrayó Robert Skidelsky "había tres cosas en el socialismo que Keynes admiraba: su pasión por la justicia, el ideal fabiano del servicio público, y su utopía basada en la eliminación de la motivación del beneficio" (Skidelsky, 1998: 83).

Para entender mejor al Keynes de la *Teoría general* podemos remontarnos a unos años antes, precisamente cuando la Gran Depresión había estallado y estaba más viva. El 10 de junio de 1930 Keynes impartió una conferencia en la Residencia de Estudiantes de Madrid titulada "Posible situación económica de nuestros nietos". Se trataba de una conferencia que impartió también en otros lugares, y que Robert Skidelsky, buen conocedor de la obra del economista de Cambridge, consideraba un buen exponente de la filosofía social de base del keynesianismo. En esta conferencia, traducida al español en la revista *Residencia*, Keynes se distanciaba tanto de los revolucionarios ("que todo lo ven mal, y para quienes el único remedio es un cambio violento"), como de los reaccionarios ("que consideran que todo experimento innovador es arriesgado"). Keynes soñaba con que el futuro abriría la vía a una sociedad en la que se habría resuelto el problema económico, y en la que, al fin, los seres humanos podrían gozar de libertad y de tiempo libre para dedicarse a cultivar el arte de vivir. Escribe en un tono que nos recuerda a Max Weber: "El afán del dinero, sólo por tenerlo, y no como medio para lograr los goces y realidades de la vida, será reconocido por lo que es: una morbidez algo asquerosa, una de esas propensiones patológicas propia de criminales que se relegan con repugnancia a los especialistas en patologías mentales" (Keynes, 1932: 15-17). En esa sociedad del futuro, en la que el problema económico habrá desaparecido como problema permanente de la raza humana, el tiempo de trabajo se acortará extraordinariamente. La sociedad se pacificará y desaparecerá la violencia. Pero además de ello, señala Keynes, "procuraremos repartir las pocas tareas que quedan, lo más equitativamente posible, para que a ninguno llegue a faltarle el pan nuestro del trabajo diario" (*Op. Cit.*). Socialización de la riqueza, socialización del trabajo, socialización de acceso al tiempo libre y a la cultura, tales son las propuestas progresistas de Keynes, y tanto el reformismo social de Karl Mannheim como el de Karl Polanyi no estaban muy alejados de esta línea alternativa de reflexión⁷.

La *Teoría general* se publicó, como es bien sabido, tras dos viajes de Keynes a los

7. Polanyi intentó entrar en contacto con J. M. Keynes según consta en su correspondencia pero no parece que el encuentro personal se haya producido. Retomo el dato de la documentada introducción a la edición portuguesa de *La gran transformación*, realizada por Diego Ramada, Nuno Domingos y Miguel Bandeira, que reenvían a la reproducción de la carta de Karl Polanyi a Irene Grant el 13 de octubre de 1933, reproducida por Congdon (2001: 19).

Estados Unidos que tuvieron lugar respectivamente en 1931 y 1934, es decir, en el marco progresista abierto por el *New Deal*. De hecho el domingo 31 de diciembre de 1933 el *New York Times* publicaba, como cierre de un año aciago en el que Hitler accedió al poder, un texto de Keynes titulado "*An Open Letter to President Roosevelt*". El economista de Cambridge no ocultaba su admiración por el cambio del sistema social que Roosevelt había iniciado. Le decía "Si usted se equivoca el cambio racional se verá gravemente perjudicado en todo el mundo [...], pero si usted acierta [...] se abre el primer capítulo de una nueva era económica" (Keynes, 1933).

¿Cómo compaginar la planificación con la libertad? ¿Cómo compaginar la lucha en favor de la igualdad con las libertades de los individuos que los bolcheviques habían sacrificado convirtiendo a la libertad en un valor de la burguesía? La administración Roosevelt había abierto con el *New Deal* un nuevo camino de respuesta, y tanto Karl Mannheim como Karl Polanyi, los dos afincados como refugiados en Londres, eran sensibles a este problema desde los tiempos de Bela Kun y la revolución soviética en Hungría. Pero ahora era preciso avanzar una línea de argumentación que permitiese ir más allá del individualismo liberal, tan ardorosamente defendido entre otros por Mises, Hayek y Robbins, convertidos en la tríada capitalina que abogaba por la identificación de la civilización occidental con la sociedad de mercado.

La contraofensiva neoliberal: el Coloquio Lippmann

Friedrich Hayek obtuvo el título de licenciatura en Derecho en 1921, el mismo año en el que comenzó a trabajar con von Mises en Viena en la Cámara de Comercio. Mises estaba inmerso entonces en plena polémica sobre la imposibilidad del cálculo económico en las sociedades socialistas. De hecho al año siguiente publicó *Socialismo*, un libro que, como confesó Hayek años más tarde, provocó una conmoción entre los jóvenes economistas situados en el círculo de Mises que participaban en su seminario⁸.

Si el socialismo no era un sinónimo de progreso tampoco el capitalismo parecía conducir hacia una sociedad más justa y democrática como ponía brutalmente de manifiesto la Gran Depresión de 1929. Entre la colectivización forzosa de la propiedad, promovida por los bolcheviques en la Rusia soviética, y la libre competencia en el mercado propia de las sociedades capitalistas, Karl Polanyi, Karl Mannheim, Harold Laski, y posteriormente Oskar Lange y otros socialdemócratas, consideraban con Keynes que había un espacio para una vía alternativa, es decir, una sociedad planificada en la que la propiedad privada y el mercado coexistiesen con la propiedad social garantizada por un Estado social y democrático de derecho. Desde muy pronto, sin embargo, los economistas austríacos, especialmente Mises y Hayek, trataron de cortar la yerba bajo los pies de los socialdemócratas.

8. Escribe Hayek, en el Prólogo a la edición norteamericana de *Socialism* de Von Mises "cuando se publicó *Socialismo* produjo un enorme impacto. Poco a poco, pero profundamente, alteró la visión de muchos jóvenes idealistas que retornaban a sus estudios universitarios tras la Primera Guerra Mundial. Lo sé, pues yo era uno de ellos. Sentimos que la civilización en la que habíamos crecido se había desplomado. Estábamos decididos a construir un mundo mejor y el deseo de reconstruir la sociedad fue lo que nos llevó a muchos de nosotros a estudiar economía. El socialismo prometía satisfacer todas nuestras esperanzas en un mundo más racional y más justo. Fue entonces cuando apareció este libro. Nuestras esperanzas se vieron defraudadas. *Socialismo* nos enseñaba que habíamos buscado el progreso en una dirección equivocada" (Hayek, 1978; citado en Ebenstern, 2003: 40).

En 1929 Mises publicó en Jena el libro titulado *Crítica del intervencionismo*, un libro que fue posteriormente reeditado en alemán con un Prólogo de su discípulo Hayek. En este libro Mises definía la intervención como “el orden limitado por una autoridad social que fuerza a los propietarios de los medios de producción y a los empresarios a emplear sus medios de modo diferente a como les gustaría emplearlos” (von Mises, [1929] 1977: 20). Mises responsabilizaba a los economistas alemanes, integrados en su mayor parte en la «Escuela Histórica de Economía», de haber puesto en las manos de políticos y hombres de Estado un poder discrecional. Todos ellos eran, a su juicio, economistas ignorantes, pues desconocían las aportaciones realizadas por franceses e ingleses a la ciencia económica, pero lo más grave de las recetas intervencionistas es que hacían inviable la ciencia económica, pues la economía dejaba de ser una disciplina basada en el conocimiento y en la destreza para metamorfosearse simplemente en deseos infundados y buenas intenciones. La crítica de Mises no se detenía aquí, pues aseguraba en 1929 que lo que estatistas y socialistas se empeñaban en percibir como una crisis del capitalismo no era en realidad más que la crisis del intervencionismo (von Mises, [1929] 1977).

En febrero de 1931 Hayek se desplazó a Londres invitado por el catedrático de economía de la *London School of Economics* (LSE) Lionel Robbins para pronunciar cuatro conferencias que sirvieron de presentación en el mundo anglosajón de la Escuela austríaca de economía. En realidad a partir de esas conferencias Hayek, con el apoyo de Robbins y de William Henry Beveridge (1879-1963), director entonces de la LSE, permaneció en Londres como profesor de economía hasta que se desplazó a la Universidad de Chicago en 1950. Hayek y Robbins representaban en la LSE, la prestigiosa institución académica fundada por los fabianos Sidney J. Webb y su esposa Beatrice Potter en 1895, el círculo liberal frente al ala radical representada sobre todo por el socialdemócrata Harold Laski. Cuando en 1934 Robbins publicó su libro sobre *La Gran Depresión* la línea de explicación proporcionada por Mises fue asumida por él como la única ortodoxa, es decir, como la explicación liberal de la crisis: las desastrosas políticas intervencionistas de los Bancos Centrales, junto con la crisis del patrón-oro, habían puesto el mundo al borde de la catástrofe, pues el volumen del comercio en 1932 representaba tan sólo un tercio del comercio mundial que existía tres años antes⁹.

La denominada «revolución keynesiana» cayó como un jarro de agua helada sobre las cabezas de los economistas liberales seguidores de la escuela austríaca de economía. Hayek, en sus conferencias de febrero de 1931, se había referido a las condiciones para un equilibrio entre la producción de bienes y el consumo. Como ya hemos señalado, consideraba que el sistema de los precios era la llave que permitía a los individuos acceder al conocimiento del mercado. Por su parte Robbins cifraba la base de la recuperación económica provocada por la Gran Depresión en el “retorno a la confianza en los negocios”. Ambos economistas confiaban por tanto ciegamente en «la mano invisible» de Adam Smith, convertida en la panacea de todos los males. La tendencia al equilibrio del sistema capitalista estaba en la base del cálculo económico, pues aún no existía la matemática del caos.

Frente a esta fe ciega en un orden estable, regido por el *laissez-faire*, por la libre competencia, John Maynard Keynes, lejos de partir del equilibrio y de la confianza

9. Las conferencias de Hayek fueron recogidas en un libro de éxito: Hayek (1931). Los liberales culpaban a los políticos de la crisis (véase: Robbins, 1934).

en el curso espontáneo de un mercado autorregulado, elaboró una economía de las crisis, se planteó la hipótesis contraria a los austríacos, es decir, la hipótesis de que el mercado puede ser incapaz de resolver por su sola acción los desajustes que genera, lo que supondría tener que recurrir a una instancia exterior encargada de introducir desde fuera del mercado, y en el propio mercado, la regulación económica. Esa instancia era a su juicio el gobierno democrático, propio del Estado social. Al introducir la intervención de una autoridad económica central, democráticamente legitimada, el sistema capitalista, regido ahora a partir de una instancia política reguladora, se vería disciplinado, y quedarían neutralizados sus efectos perversos en el mundo social, para dar paso a una sociedad integrada. En este sentido Keynes era reformista, no pretendía tanto suprimir el mercado, cuanto supeditarlo al bien común. Su posición estaba más próxima a la de los socialistas de cátedra alemanes, a los miembros de la Escuela Histórica de Economía, que al optimismo teleológico de los partidarios del colectivismo en sus diferentes variantes marxistas, leninistas y estalinistas. Había escrito Mises que "en las manos de la Escuela Histórica la ciencia política se ha convertido en una doctrina artística para los hombres de Estado y los políticos". Esta aversión a la política y al Estado, es decir, al intervencionismo, era compartida por Robbins y su círculo, hasta el punto de que sus ataques dejaron de dirigirse contra el marxismo ortodoxo para concentrarse en la impugnación del reformismo socialdemócrata. Sin embargo la punta de lanza de la revolución keynesiana reposaba precisamente en legitimar, en nombre del interés general, y a partir de categorías económicas, el recurso al intervencionismo socialdemócrata¹⁰. Crear las condiciones materiales para que los ciudadanos de una sociedad puedan vivir una vida digna era crear las condiciones para que cada uno pudiese desarrollar libremente su propio arte de vivir.

En 1937 Walter Lippmann, el influyente periodista del *Herald Tribune*, que había realizado estudios en Harvard con T.S. Eliot, publicó un duro libro contra el *New Deal* y el intervencionismo, a pesar de que él mismo había simpatizado con anterioridad con las políticas sociales desarrollada por F.D. Roosevelt y su gobierno. El libro se titulaba *The Good Society* y su impacto fue muy importante en la opinión pública. En él arremetía por una parte contra las economías planificadas, pero a la vez planteaba la necesidad de suscitar un nuevo liberalismo que sirviese de alternativa a la planificación económica defendida por socialdemócratas y keynesianos.

El libro de Lippmann fue muy pronto traducido al francés por la Librería Médicis con el título de *La cité libre*, y algunos liberales franceses, capitaneados por Louis Rougier, junto con el propio Walter Lippmann, organizaron un encuentro internacional en París que tuvo lugar entre el 26 y el 30 de agosto de 1938, un encuentro que es generalmente conocido como el *Coloquio Lippmann*.

Louis Baudin, en un libro traducido al español con el título de *El alba de un nuevo liberalismo*, nos señala que se abrió así de hecho una nueva etapa para el pensamiento liberal, una etapa que él mismo definió como "el período neoliberal". Efectivamente, el concepto de «neoliberalismo» fue acuñado en ese Coloquio en el que se pusieron de manifiesto, bajo la rúbrica del neoliberalismo, distintas posiciones liberales¹¹.

10. Sobre el debate protagonizado por Hayek y Keynes, que sin duda tanto Karl Polanyi como su hermano Michael Polanyi siguieron de cerca en Londres, véase Wapshott (2013).

11. Retomamos las impresiones de Baudin que participó en ese encuentro: "El momento había llegado para

En realidad la agenda del nuevo liberalismo, es decir, del neoliberalismo, como explícitamente lo denominó Louis Baudin, se resumía en cuatro puntos que ponen bien de manifiesto que la posición de Hayek y Robbins dejó su impronta en el *Coloquio Lippmann*, aunque no se impuso como la posición dominante:

1º El nuevo liberalismo admite que sólo el mecanismo de los precios, funcionando en mercados libres, permite obtener una utilización óptima de los medios de producción y conducir a la satisfacción máxima de los deseos humanos.

2º Al Estado incumbe la responsabilidad de determinar el régimen jurídico que sirve de marco al libre desarrollo económico así concebido.

3º Otros fines sociales pueden ser substituidos a los objetivos económicos anunciados más arriba.

4º Una parte de la renta nacional puede ser, con esa finalidad, sustraída al consumo, con la condición de que esa transferencia se haga a "plena luz" y sea conscientemente consentida.

Hay por tanto en las conclusiones del *Coloquio Lippmann* una ambivalencia que pone bien de manifiesto Baudin cuando más adelante señala lo siguiente: "La idea de base es el salvamento de la persona humana, amenazada por asfixia por el comunismo, el colectivismo y sus satélites. La piedra angular técnica puesta en agosto de 1938 es el mecanismo de los precios. Que todos los neoliberales no profesen las mismas opiniones relativas a los detalles del edificio futuro, nada más natural" (Baudin, 1952: 191 y 196). ¿Es compatible el salvamento de la dignidad de la persona humana con un orden económico regido por un mercado que se autorregula? Tal es la cuestión que no quedó resuelta en el *Coloquio*. Sin embargo, y a pesar de las diferencias, existía un mínimo común denominador que Baudin define como la necesidad de recurrir a "la iniciativa individual para buscar la ganancia asumiendo con ello responsabilidades y riesgos". Como se puede observar el debate sobre la imposibilidad del cálculo económico en el socialismo y en las economías planificadas aparecía ahora una vez más planteado en torno a "el mecanismo de los precios".

La importancia del *Coloquio Lippmann* no se agota en el hecho de constituir una primera plataforma de encuentro entre una serie de destacados economistas y pensadores

agrupar esas fuerzas dispersas. Una reunión tuvo lugar en París en agosto de 1938, bajo la presidencia de Walter Lippmann, que acababa de publicar la traducción francesa de su libro *The Good Society*. En ella tomaron activamente parte economistas reputados, tales como J. B. Condliffe, A. Detoeuf, F. A. Hayek, M. A. Heilperin, E. Mantoux, L. Marlio, L. von Mises, M. Polanyi, S. Possony, W. Röpke, J. Reuff, M. Rustow. Desgraciadamente los comentarios de esta reunión que duró cinco días, han sido poco numerosos y a menudo incompletos. Así nuestro llorado colega G. Pirou, que no asistió a esos encuentros, no ha podido conocer el trabajo importante llevado a cabo fuera de las sesiones, y ha creído discernir dos tendencias cuando se manifestaron una gran variedad de opiniones. Esa misma variedad ha servido de pretexto a otro comentarista advertido, que tampoco estuvo presente en el coloquio de 1938 y que no interrogó a los miembros participantes, para hacer exposición de las divergencias, considerándola como una reunión sin resultado. Pero la característica de una discusión libre y ampliamente abierta a todos es hacer aparecer una multitud de temas diferentes; su finalidad es descubrir rasgos comunes subyacentes a esa variedad. El choque de ideas era inevitable, puesto que era deseado, provocado. Es cierto que todos los participantes no podía aceptar las concepciones de W. Lippmann sobre su nivelación de rentas, y las de S. Possony sobre la economía de guerra liberal. Lo que hay de sorprendente es que un acuerdo haya sido tan pronto realizado sobre un programa general: la agenda" (Baudin, 1954: 1989-190).

neoliberales contrarios a la solución keynesiana, pues del *Coloquio Lippmann* se derivó la necesidad para los liberales de superar en la práctica el postulado del individualismo egoísta para convertirse en un colectivo de presión al servicio del primado del mercado sobre la sociedad, como muy bien puso de manifiesto la creación en París, en marzo de 1939, del *Centre International d'études pour la Renovation du Liberalisme*, una organización que constituye un claro precedente de la *Sociedad Mont-Pelerin*, la sociedad que se creó en torno a Hayek en 1947. A diferencia sin embargo de la Sociedad creada por Hayek, el primer neoliberalismo nació marcado por una voluntad de consenso entre los defensores de la libertad y de la democracia frente a los totalitarismos en auge. Como señalaba Lippmann, es preciso "educar a las grandes masas, equipar a los hombres para una vida en la que deben especializarse, manteniéndose a la vez en la capacidad de cambiar de especialidad. He aquí un inmenso problema aún no resuelto" (Lippmann, 1945: 258)¹². El concepto neoliberal de «flexibilidad», tanto interna como externa a las empresas, empezaba entonces a esbozarse. En todo caso cuando el socialismo democrático estaba en alza, cuando el reformismo de los keynesianos empezaba a ocupar una posición hegemónica en el interior del pensamiento económico, el Coloquio Lippmann sirvió para mostrar que los liberales constituían una corriente de opinión contraria al socialismo democrático con la que sería preciso contar en el futuro.

El primer cuaderno publicado por el Centro Internacional de Estudios para la Renovación del Liberalismo fue precisamente el *compte-rendu* del *Coloquio Lippmann*. El discurso de apertura correspondió a Luis Rougier, y el siguiente en tomar la palabra fue precisamente Walter Lippmann. Ambos en sus intervenciones más que centrarse en el viejo liberalismo, coincidieron en proponer la elaboración colectiva de un liberalismo de nuevo cuño. Precisamente esta tarea se convertía a su juicio en el objetivo fundamental del Coloquio¹³. No nos puede por tanto extrañar que en el año 1944, el mismo año de la publicación de *La gran transformación*, haya sido también el año de la publicación de *Camino de servidumbre*.

12. En su libro Lippmann proponía en ocasiones un giro progresista, algo que los liberales actuales parecen haber olvidado, en relación al liberalismo de pasado ya fracasado. Por ejemplo Lippmann señalaba que "el suelo y el subsuelo, los mares y las grandes rutas son el patrimonio de las generaciones del porvenir. Todos los derechos de propiedad privada relacionados con este patrimonio deben por consiguiente quedar subordinados a la condición de que esta herencia natural no sea ni malgastada ni destruida" (Lippmann, 1945: 259).

13. Señala Lippmann: "El siglo del progreso hacia la democracia, hacia el individualismo, hacia la libertad económica, hacia el positivismo científico se terminó con una era de guerras, de revolución, de reacción. Precisamente por esto opino que no haríamos nada si nos dejásemos llevar por una especie de pensamiento espontáneo, y si diésemos la impresión de que nuestro objetivo es reafirmar y resucitar las fórmulas del liberalismo del siglo XIX. Es evidente, por lo menos para mí, que la libertad no habría sido aniquilada en la mitad del mundo civilizado, ni habría quedado tan gravemente comprometida en la otra mitad, si el viejo liberalismo no hubiese tenido defectos esenciales". Lippmann consideraba que era preciso inventar un nuevo liberalismo, es decir, "emprender la reconstrucción del liberalismo". Así fue como el Coloquio Lippmann sentó las bases del futuro neoliberalismo, hoy en expansión. La tarea a su juicio era urgente, pues "la rebelión totalitaria de nuestro tiempo no está dirigida únicamente contra el liberalismo y la democracia del siglo XIX, también ataca al conjunto de la tradición del mundo occidental, a su religión, a su ciencia, a su derecho, a su Estado, a su propiedad, a su familia, a su moral y a la concepción occidental de la persona humana". Véase la intervención de Lippmann en *Compte-Rendu des séances du Colloque Walter Lippmann - 26-30 Aout 1938* (VV.AA., 1938: 22-29). Un análisis del Coloquio ha sido realizado por Denord (2001).

Cultura versus civilización

Karl Polanyi cita repetidamente a Walter Lippmann en *La gran transformación*, casi siempre asociando la posición de éste con la de Ludwig von Mises. Karl Polanyi provenía de una tradición de intelectuales idealistas, pacifistas, individualistas, pero a diferencia de la identificación del individuo con el *homo œconomicus*, como defendía la tradición abierta por los representantes de la economía política escocesa, o con el yo psicológico, como proponía la tradición psicoanalítica, Polanyi vinculaba el yo a la realidad social, al mundo exterior, a la acción social. En este sentido se alejaba de la posición de su hermano Michael Polanyi, también exiliado como él en Inglaterra, y profesor de fisicoquímica en la Universidad de Manchester. Michael Polanyi era amigo de Hayek, y participó en el Coloquio Lippmann en París. Médico de formación, era contrario a la sociología del conocimiento, a pesar de que compartió con Karl Mannheim y Adolph Löwe la participación en las reuniones de *The Moot*, una especie de círculo de reflexión e intervención social formado por escritores e intelectuales progresistas y socialcristianos que preparaban la reconstrucción de los valores de la civilización occidental.

Karl Polanyi, como Keynes, como Mannheim, como Norbert Elias, a diferencia de los neoliberales, a diferencia de su hermano Michael Polanyi, defendía la existencia de un «yo sociológico», un yo conformado en buena medida por las interacciones y las instituciones sociales. En este sentido la concepción de la personalidad en Polanyi no debía estar muy alejada de la defendida por Karl Mannheim, compatriota y amigo que también participó en el Club Galileo. Y es que Karl Mannheim, según alguno de sus más reconocidos biógrafos, mantenía en Londres un continuo contacto con sus compatriotas húngaros y alemanes exilados (Woldring, 1985: 55).

Durante la guerra Mannheim impartió una serie de conferencias en Oxford en donde desarrolló una concepción de la subjetividad próxima a la defendida por el antropólogo de origen polaco, y también afincado en Londres, y más concretamente en la LSE, Bronislaw Malinowski.

La publicación de *Los argonautas del pacífico occidental* data de 1922, y en este libro, y en la polémica que por la misma época mantuvo Malinowski con los psicoanalistas sobre el complejo de Edipo, defendía la primacía de los factores culturales en el moldeamiento de los individuos, sobre los factores propiamente económicos y los estrictamente psicológicos. El propio Karl Mannheim, a pesar de la vinculación de su mujer Julia Mannheim con el psicoanálisis, y especialmente con Anna Freud, no ahorra palabras para reconocer a Malinowski sus grandes aportaciones¹⁴.

En la LSE Malinowski gozaba entre los estudiantes de un gran prestigio. Siguiendo la estela abierta por Richard Thurnwald, un antropólogo que había sido discípulo de

14. Sirvan de ejemplo que en las conferencias que Mannheim impartió en Oxford en 1938 textualmente afirmaba que "cuando se intentó investigar el funcionamiento y desarrollo de la mente en sus relaciones con los procesos y las actividades colectivas tuvo lugar algo parecido a una revolución copernicana. Así, la antropología funcional realizó algo nuevo en el estudio de los pueblos primitivos cuando siguió cuidadosamente la pista, hasta llegar a su ambiente social, de todo lo que anteriormente había sido tratado de una manera abstracta, como los mitos, las costumbres y las formas de pensamiento. Esta actitud fue muy parecida a la de la sociología del conocimiento, que trató de explicar el pensamiento en un plano evolutivo más avanzado en relación con la situación y la práctica de clases, grupos, estratos, etcétera". Las conferencias fueron publicadas bajo el epígrafe general de "La sociedad planeada y el problema de la personalidad humana: un análisis sociológico" (Mannheim, 1963: 275-337).

Max Weber, mostró también en el análisis que realizó sobre el comercio kula, que en las sociedades primitivas era impensable una economía separada de la sociedad. El análisis presentado por Malinowski en su libro sobre *Los argonautas del pacífico occidental* implicaba por tanto un nuevo estatuto de la economía alejado del que le habían asignado los representantes de la ilustración escocesa, el estatuto que había observado en sus trabajos antropológicos realizados en las Islas Trobriand, es decir, el sustento del hombre entendido no sólo como modos de producción y de intercambio de bienes, sino esencialmente como formas de relación social. El mercado no sólo dejaba de estar por encima de la sociedad sino que operaba más bien al servicio de una mayor cohesión e integración de la sociedad. Así pues la crítica del sujeto psicológico iba acompañada, en su obra antropológica, de un brillante ataque al concepto de "hombre económico", tal y como lo defendían los economistas austríacos, y en la LSE sus colegas del cuerpo de profesores Hayek y Robbins. Los representantes de la escuela austríaca de economía hicieron de la elección del consumidor un factor psicológico consustancial a la naturaleza humana sobre el que reposaba todo el sistema económico, y en particular el sistema de precios.

Cuando en 1942 se hizo público el *Informe Beveridge* en Inglaterra, un informe que universalizaba el sistema nacional de salud y daba un impulso decisivo al modelo europeo del Estado social, el entusiasmo con el que fue recibido el *Informe* por parte de las clases trabajadoras ponía de manifiesto que otra época hacía irrupción en la historia, animada ahora por el llamado *espíritu del 45*. La economía sometida a los imperativos de la democracia social, el desarrollo de la personalidad social amparada por un estatuto fuerte de ciudadanía, así como la planificación democrática para la libertad se complementaron y se reforzaron entre si para servir de base a un programa de gobierno alternativo a los totalitarismos y al liberalismo. El laborismo, el socialismo democrático, que en Inglaterra obtuvo una rotunda victoria electoral tras la guerra, únicamente tenía que proporcionar a estas bases el impulso político necesario para que este sistema pudiese funcionar.

Karl Mannheim, Karl Polanyi, Norbert Elias, Adolph Löwe, intelectuales próximos a los keynesianos y socialdemócratas, no tuvieron en la Inglaterra de entreguerras una acogida intelectual acorde con la fuerza de su propia obra. Sin embargo todos ellos compartían la necesidad de preservar las conquistas de la civilización occidental, y para ello fueron más allá del sujeto liberal, del *homo oeconomicus*, y fueron más allá del *homo psychologicus* para afirmar las bases sociales de la subjetividad, lo que les permitió introducir la cuestión de cómo coordinar las instituciones mediadoras en la formación de la personalidad social en una sociedad democrática. A su juicio los valores heredados, y entre ellos los valores del cristianismo social progresista, junto con los valores propios de una ética laica de la solidaridad, constituían un fondo social de conocimiento sobre el que era preciso construir un mundo mejor. La unión de los defensores de la dignidad humana era la base, tras la guerra, para la reconstrucción de un mundo civilizado. También Bronislaw Malinowski, que en sus análisis había privilegiado la cultura sobre la civilización, dio un giro de rectificación durante la guerra para defender las conquistas de lo que Norbert Elias denominó "el proceso de la civilización"¹⁵. De hecho no deja de

15. El libro de Elias ([1939] 1987) se publicó por vez primera en alemán en 1939, y en él Elias plantea ya en el primer capítulo las diferencias conceptuales entre cultura y civilización, y vincula el concepto particularista

ser significativo que el libro póstumo de Malinowski se titulase precisamente *Libertad y civilización*¹⁶.

Reflexiones finales

Las sociedades, a semejanza de los individuos que padecen Alzheimer, pueden perder la memoria, y vivir en la desorientación. El debate entre el liberalismo económico y el reformismo socialdemócrata se impuso a la sociedad inglesa y norteamericana durante los años treinta y cuarenta del siglo XX, y el triunfo momentáneo, al menos en casi toda Europa, del modelo del Estado social keynesiano parecía decantar la historia a favor de la posición reformista, una posición compartida por los cristianos sociales, y los socialdemócratas. En teoría estaban puestas las bases para la resolución de la cuestión social.

El cambio de rumbo de los llamados *treinta años gloriosos*, se produjo en 1973, a partir de la crisis del petróleo, una crisis que coincidió con el derrocamiento de la Unidad Popular chilena mediante un golpe militar, y que dio paso a la dictadura de Pinochet, y a un experimento pionero en Chile de unas políticas neoliberales promovidas por economistas universitarios norteamericanos, entre otros por Milton Friedman. A partir del giro neoliberal, encabezado en Inglaterra y los Estados Unidos bajo los gobiernos de la Dama de hierro y del Presidente Ronald Reagan, pero defendido intelectualmente por analistas sociales y economistas universitarios, el mercado, y especialmente los mercados financieros, pasaron a adquirir tendencialmente una posición de centralidad que durante más de treinta años habían perdido. El auge de las nuevas tecnologías dio alas a su vez a este nuevo capitalismo financiero globalizado.

¿Cómo valorar la nueva situación? Por una parte nos encontramos de nuevo ante un avance de la *lógica económica* separada de la sociedad. El triunfo del neoliberalismo supone un retroceso de los derechos sociales propios del Estado social, supone la primacía de la propiedad privada sobre la propiedad social, la privatización de las empresas públicas, la desregulación económica y el progresivo desmantelamiento de las protecciones sociales que parecían conquistas históricas incuestionables. No se trata sin embargo de un retorno al pasado. Nos encontramos ante un nuevo escenario sociopolítico pues cambios sociales acelerados han abierto el camino a la globalización económica, una globalización que supone la incapacidad de los Estados para hacer frente a procesos socio-económicos que los desbordan. Cuando el mercado, como ocurre en la actualidad, tiende a ocupar una posición central, cuando se consolida una *sociedad de mercado* a escala global, el dinero, en tanto que equivalente general de todas las mercancías, se ve entronizado en el puesto de mando, y con él el afán de lucro y la insolidaridad social.

Los trabajadores no son cosas, no son mercancías de usar y tirar, subrayaba Karl Polanyi. La tierra, la naturaleza, el agua, los ríos, los mares, los bosques, no son propiedades privadas que se pueden destruir y esquilmar en función de los intereses del capital.

de cultura a la formación del nacional-socialismo alemán. ¿Existieron intercambios intelectuales entre Elias y Karl Polanyi? No lo sabemos, pero en todo caso les unía una común voluntad de explicar sociológicamente el triunfo de la barbarie nazi.

16. El libro póstumo de Bronislaw Malinowski, *Libertad y civilización*, fue traducido al español en Argentina por la Editorial Claridad en 1948, y sería de gran utilidad su reedición

El *crash* del 2008 parece indicar que han sonado las campanas para la expansión de la lógica neoliberal. Nos encontramos en la actualidad ante el reto de construir sobre las ruinas de una nueva debacle económica sociedades con rostro humano, es decir, de nuevo el reto para la humanidad es hacer optar entre la civilización y la barbarie.

Karl Polanyi intentó ir más allá del egoísmo individualista y de la guerra social, intentó ir más allá de los nacionalismos y los populismos para defender la paz y el desarrollo de sociedades basadas en la justicia. Necesitamos instituciones democráticas basadas en la cooperación, la reciprocidad, el reconocimiento, la redistribución. Necesitamos sociedades integradas en donde la solidaridad haga posible el desarrollo de las libertades. Me parece que la gran lección que podemos extraer de *La gran transformación* de Karl Polanyi es haber planteado, en íntima relación con los debates sociales y políticos de su tiempo, la necesidad de devolver a los seres humanos el lugar central que éticamente les corresponde en el desarrollo de las sociedades. Así pues en esta tarea no estuvo sólo, contó con las propuestas y las aportaciones de sus contemporáneos. La constelación intelectual en la que se inscribe la obra de Karl Polanyi sigue siendo para nosotros una referencia en los actuales tiempos de incertidumbre. En este sentido tampoco nosotros deberíamos sentirnos solos ni desplazados, pues contamos con un enorme fondo social de experiencias y conocimientos que nos dan seguridad para avanzar con todos aquellos que han decidido trabajar en la misma senda para impulsar en nuestras sociedades la democracia social y política.

Bibliografía

- ALVAREZ-URÍA, Fernando. 2005. "Sociología y libertad. El debate entre Friedrich Hayek y Karl Mannheim sobre el estatuto del mercado en la sociedad", *Arxius de ciències socials*, 12/13, pp. 13-40.
- BAUDIN, Louis. 1952. *El alba de un nuevo liberalismo*, Valencia: Fomento de Cultura
- CONGDON, Lee. 2001. *Seeing Red: Hungarian Intellectuals in Exile and the Challenge of Communism*. Illinois: Northern Illinois University Press.
- DENORD, François. 2001. "Aux origines du néo-libéralisme en France. Louis Rougier et le Colloque Walter Lippmann de 1938", *Le Mouvement Social*, 195: 9-34.
- DURKHEIM, Émile. [1895] 1998. *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales*. Madrid: Alianza.
- EBENSTERN, Alan. 2003. *Friedrich Hayek. A Biography*. Chicago: The University of Chicago Press.
- ELIAS, Norbert. [1939] 1987. *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- HAYEK, Friedrich A. 1931 *Prices and Pruduction*. London: Routledge & Kegan Paul. (Se reimprimió en 1932, y en 1935 se publicó una edición revisada y ampliada).
- KEYNES, John Maynard. 1932. "Posible situación económica de nuestros nietos", *Residencia*. *Revista de la Residencia de Estudiantes*, 1: 15-17.
- KEYNES, John Maynard. 1933a. "National Self-Sufficiency", *The Yale Review*, 22(4): 755-769.

- KEYNES, John Maynard. 1933b. "An Open Letter to President Roosevelt". New York Times, December 16.
- LIPPMANN, Walter. 1945. *La Cité Libre*. París: Librairie de Médicis.
- LUKÁCS, György. [1919-1929] 2005. *Táctica y ética. Escritos tempranos (1919-1929)*. Buenos Aires: El cielo por asalto
- LUKÁCS, György. 1986. *Selected correspondence 1902-1920. Dialogues with Weber, Simmel, Buber, Mannheim and others*. New York: Columbia University Press.
- MANNHEIM, Karl. 1963. *Ensayos sobre sociología y psicología social*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MCRORBIE, Kenneth y Karl POLANYI-LEVITT (Eds.). 2006. *Karl Polanyi in Vienna. The Contemporary Significance of "The Great Transformation"*. Montreal: Black Rose Books.
- POLANYI, Karl. [1944] 1989. *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*. Madrid: La Piqueta.
- POLANYI, Karl. [1977] 1994. *El sustento del hombre*. Madrid: Mondadori.
- POLANYI, Karl. 2008. *Essais*. Edición de Michèle Cangiani y Jérôme Maucourant. Paris: Seuil.
- POLANYI, Karl. 2013. *La esencia del fascismo seguido de nuestra obsoleta mentalidad de mercado*. Madrid: Escolar y Mayo Editores.
- POLANYI-LEVITT, Karl (Ed.). 1990. *The Life and Work of Karl Polanyi*. Montreal: Black Rose Books.
- ROBBINS, Lionel. 1934. *The Great Depression*. London: Macmillan.
- SKIDELSKY, Robert. 1998. *Keynes*. Madrid: Alianza.
- VON MISES, Ludwig [1929] 1977. *A Critique of Interventionism*. Nueva York: Arlington House.
- VON MISES, Ludwig. [1922] 1951. *Socialism: An Economic and Sociological Analysis*. New Haven: Yale University Press.
- VVAA. 1938. *Compte-Rendu des séances du Colloque Walter Lippmann - 26-30 Aout 1938*. Paris: Librairie de Médicis.
- WAPSHOTT, Nicholas. 2013. *Keynes vs Hayek. El choque de definió la economía moderna*. Barcelona: Deusto.
- WOLDRING, Henk E. S. 1986. *Karl Mannheim: The Development of his Thought: Philosophy, Sociology and Social Ethics, with a Detailed Biography*. Assen/Maastricht: Van Gorcum.